

# EL CANSANCIO DE LOS BUENOS

ADE  
20-10  
62

**C**REEN muchos que el "cansancio de los buenos" nos viene de tan atrás que casi se remonta a nuestros primeros pasos escolares, a nuestros años de párvulos. Piensan que, en el colegio, el niño bueno lo es precisamente por no hacer lo que el malo. Desde entonces se le repite que para ser bueno es necesario estarse quieto y saberse la lección. Quien tira el tintero, se pega con los demás, hace novillos, lleva la iniciativa y, en la mayoría de los casos, disfruta de la publicidad escandalosa y rentable, es el que nunca se sabe la lección, el niño malo. Por todo ello, no existe duda, algo hay en él de "interesante". Tal vez la maldad se mueva siempre por interés, un interés que no se ve en la bondad. Por lo común, el niño bueno no es interesado, no despierta curiosidad, no es emprendedor. Una vez abandonadas las paredes del colegio, apenas se le recuerda. Sí, en cambio, a aquel cuyas diabluras pasan a la historia y son siempre celebradas. Lo contrario de lo que suele sucederle al otro, víctima casi siempre de caricaturas mojigatas, y esto es lo sintomático, hechas generalmente por personas maduras, como si en ellas estuviese pronto a despertarse un resentimiento contra ese niño al que se le suele juzgar insoportable y antipático.

Pensamos siempre en esa imagen escolar cada vez que oímos hablar del "cansancio de los buenos". La frase, de una máxima autoridad, ha sido lanzada a los cuatro vientos por las antenas más sensibles de nuestro mundo espiritual y moral. Es de un Papa, fiel exégeta de nuestro tiempo: S. S. Pío XIII.

¿Qué ha pasado para que se produzca en dimensiones tan alarmantes, a todo lo largo del planteo, este denunciado cansancio? Las causas son muchas y las razones largas para agotarlas aquí. Pero ¿podemos resumirlas diciendo que los buenos han perdido la iniciativa y por ello tienen mala Prensa? ¿O es la gojigatería lo que explica su cansancio? ¿Es un hecho que los buenos, cansados de serlo, llevan camino, si no de dimitir de su condición, sí de desconsiderar o de mirar con cierta desconfianza sus títulos?

De todos modos hay algo en el "argot" publicitario de nuestro tiempo que se acepta como la más natural de las consignas: la virtud no es noticia. Lo dicen los "films", con su profusión de "malos" y "duros", pese a los buenos intentos de los últimos años encaminados a mejorar el rumbo del arte cinematográfico; entra aún más por los ojos, como denominador común, en la apabullante documentación fotográfica, tal como es devorada en las revistas ilustradas, cortadas por un mismo patrón tan internacional como escandaloso y tan destructivo como poco ejemplar; se lee en la línea dominante de la actual novela que, partiendo de Dostoyevski y abarcando en nuestros días a un buen plantel de novelistas católicos, confiesa la preferencia por describir el mal, al que considera más novelable e incitante que la literatura del bien; lo adivinamos en la descripción asfixiante del mundo que hacen las filosofías de hoy, pretendiéndola válida para la mayor parte de la humanidad, y desconociendo, de la manera más demoledora, las riquezas capitales de amor, de fidelidad y de fe que se conservan bajo las apariencias de banalidad cotidiana. En el mismo mundo de la política, si se analizan las bases de algunos de los movimientos más inmunizados

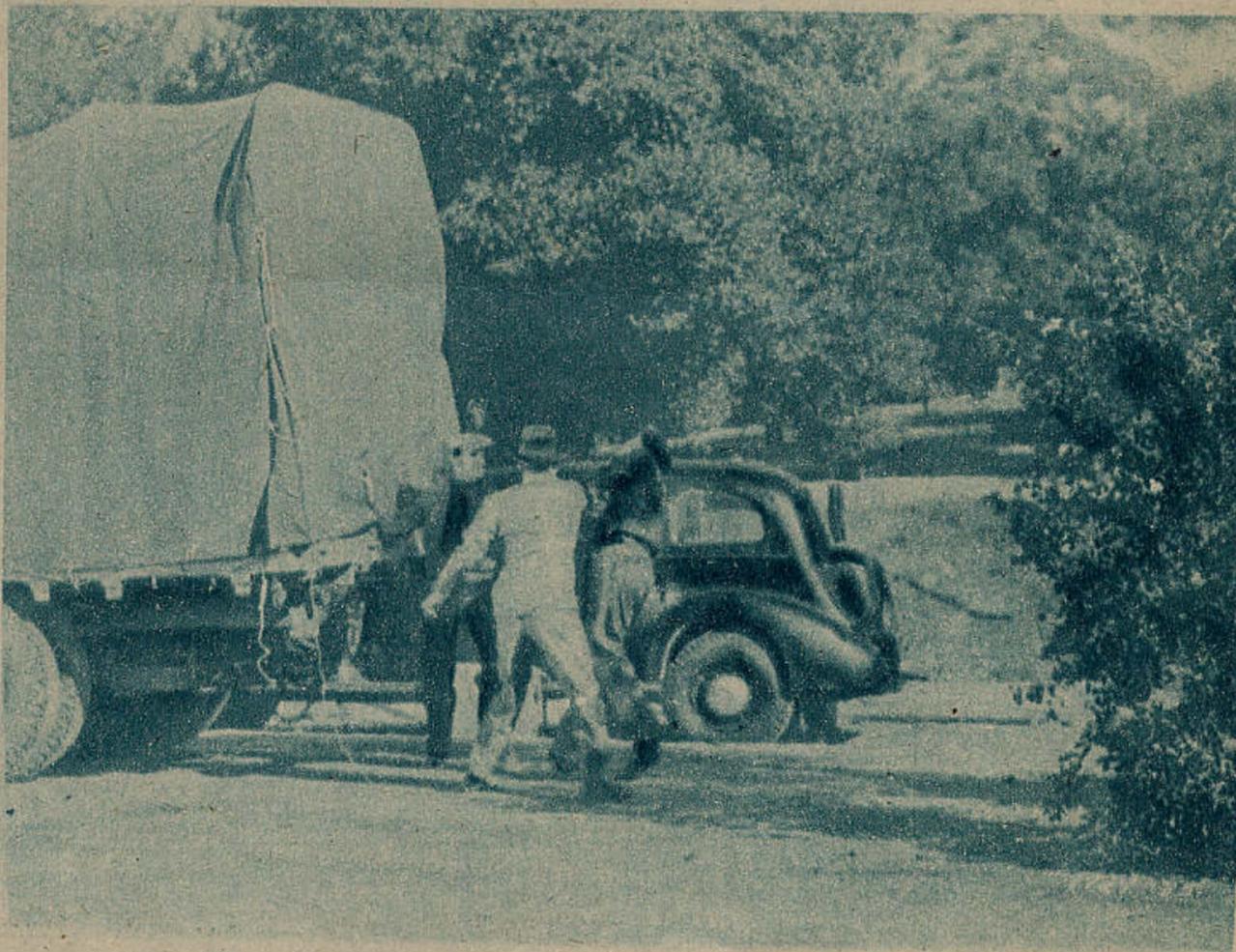
contra el mal de nuestra época, puede advertirse la deuda intelectual o táctica contraída con los de la acera de enfrente; no digamos nada del actual "match" internacional donde se encajan más que se esquivan los golpes del comunismo. Así podríamos seguir revisando otros campos, como el de los negocios, sin excluir el de la misma vida religiosa. ¡Cuántas veces vemos a los buenos usar las armas y copiar las maneras de los que no lo son, y desenvolverse a base de la imitación o adaptación ante lo inapropiado más que en virtud de lo que es suyo y tiene de por sí fuerza transformadora!

Pero en el fondo, el problema de dimensiones verdaderamente alarmantes, no reside fundamentalmente en la timidez para lograr una meta, o en la manía hazareña que hace escrupulo de todo. Tampoco, pese a los espejismos, es cuestión de falta de iniciativa, o carencia de sentido de la anticipación, como si todo estuviese en adelantarse a los demás en el hablar o en el obrar, con ánimo de aventajarnos cuando hacemos una propuesta o damos principio a una cosa, lo que no obsta para que

resiste sea en cualquier caso más valiente que el que agrede. Significa tan sólo que aguantar importa, ya que no siempre hay por qué atacar.

Es en la resistencia donde se nos ofrece objetivamente el lugar más propio de la fortaleza, su más peculiar esencia. Ello no significa ninguna clase de pasivismo. El momento de la resistencia implica una enérgica actividad, un acto de perseverancia en la adhesión al bien. No existe aquí ninguna posibilidad para el pasivismo oscuro preñado de resentimiento del pequeño burgués. Quien realiza el bien es verdaderamente el fuerte; pero no son la dificultad ni el esfuerzo los que constituyen la virtud—pese a que es mucho más difícil triunfar siendo bueno que malo—, sino únicamente el bien, ese bien arduo que es la piedra angular de la doctrina cristiana de la vida, tan distinto del optimismo bobalicón y confiado del progresismo ilustrado, al que debe su típica impronta el siglo que hoy se va tornando definitivamente pasado. A fuerza de tantas tentaciones progresistas, ilustradas, liberales, el poder del mal ha terminado por no parecernos tan "seriamente" peligroso como para que no sea posible "tratar" y "discutir" con él. Mas si existe el "cansancio de los buenos", podemos concluir, es porque los reactivos de la fortaleza de aquellos que se han cansado están minados a fuerza de tantas infiltraciones. No existen en los cansados ya el "fortissimi inhaerere bono".

Cuando todavía se tiene ocasión de vi-



"Lo dicen los "films" con su profusión de "malos" y "duros"..."

nos alegremos de que hoy la pedagogía trate de modificar a fondo un mal de que ya nos ocupamos, habituando al niño a la existencia individual, haciéndole andar solo, en vez de conducido; comer solo, en vez de recibir la comida, inclinándole así a despertar sus iniciativas, en especial cuando cruza las primeras aulas.

El "cansancio de los buenos" es, ante todo, cuestión de fortaleza, "testigo inconstatable", según San Agustín, de la existencia del mal. Y el acto propio de la fortaleza, Santo Tomás lo ha explicado magistralmente, no es el atacar, sino el resistir, sin que en modo alguno esto quiera decir que el acto de la resistencia posea en su entera generalidad un valor más alto que el del ataque, ni que el que

vir de cerca en nuestro tiempo, arranques desde la más honda y genuina bondad, puede entonces comprobarse la capacidad arrolladora y convincente, la novedad inagotable que siempre conserva la buena nueva. Sin ir más lejos en nuestros "Cursillos de Cristiandad". En lugar de constatarlos con los malos, tenemos ahora ante nosotros la oportunidad de hacerlo con el "cansancio de los buenos". El resultado promete, por la índole superior de la constatación, ser al menos extraordinario, sobre todo si se tiene presente la célebre y vieja máxima de La Rochefoucauld: "La verdad no hace tanto bien en el mundo como sus apariencias hacen mal."

Vicente MARRERO